

DE BUENAS LETRAS

# Acerca de ‘Perlas de Indra’

**ÁNGEL OLGOSO**

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Las perlas de Indra no son más que uno de los muchos motivos, temas, conceptos o piedras miliars que me han fascinado desde siempre (los tulpas, los cuadros vivos, las leyes físicas del universo como un enorme juego cósmico, la bibliofilia de libros raros, la tumba de Alejandro Magno, el maná del misterio, los mundos posibles tras la muerte, los países que no existen, el solipsismo, la historia alternativa, el cronovisor, etc.) y que he guardado durante años en mis carpetas de proyectos, a la espera de una espoleta que los hiciera estallar. Esa imagen en concreto de la red de Indra proviene del budismo Mahayana, de unos escritos de hace cinco mil años acerca de una red semejante a una tela de araña cubierta con gotas de rocío, que se expande en todas direcciones y que contiene en cada intersección una perla brillante que refleja todas las perlas de la red, en una fuga infinita de reflejos, de fenómenos interdependientes, de causas y efectos íntimamente conectados.

La espoleta para la escritura de este relato de ‘Las frutas de la luna’ fue la indignación ante las reiteradas noticias sobre uno de los muchos horrores del mundo: las sistemáticas violaciones infantiles en la India, lacra social que sólo en Nueva Delhi arroja un saldo de tres niñas violadas cada día. Según cifras de la Agencia Nacional de Registro de Delitos de la India (NCRB), en 2015, último año del que hay datos, en el país se produjeron 32.328 abusos sexuales, y una tercera parte de las víctimas fueron niñas o niños.

Normalmente trabajo con la extrañeza, me aplico a superponer estratos de misterios latentes o a armar cuentos simbólicos en torno a un núcleo, pero ‘Perlas de Indra’ está más cerca del relato denuncia. Además de seguir explorando las refracciones del mal –como ya hice en ‘Los demonios del lugar’ de manera intensiva y extensiva–, de lo inhumano de la naturaleza humana (que parece que nada pudiera cambiar), de lo atroz e intolerable en el hombre (al que no conocemos sino domado

con bozal en la civilización), mi intención con ‘Perlas de Indra’ fue también la de ejercer una especie de justicia poética, resarcir –siquiera en la ficción– a las víctimas de violencia, procurarles un refugio a los pisoteados, a los vulnerables, a los inocentes, a todos los que alguna vez se han sentido clavos a merced de martillos inclementes. Buscaba transmutar el sufrimiento en compasión. Trascender el odio a través de una rebelión moral contra la indefensión, a través de una especie de trance místico. En este texto, mezclando a partes iguales lo devastador y esperanzador, intentaba burlar a la brutalidad, que la repulsión del poder desapareciera como por arte de magia en un salto espaciotemporal, en una totalidad resplandeciente. Es la visión de los parias liberados de sus incubos, hurtados a ellos más bien. Es, sencillamente, el deseo de que ocurran milagros.

Y pensé que la única forma de superar el malestar de la pavorosa escena del relato, esa realidad emotiva tan intensa, era mediante el dulcísimo conjuro de las palabras, mediante un lenguaje que fuera a la vez transmisor y bálsamo, que ayudara al lector a no apartar la vista, a no abandonar la lectura, que la propia poesía con la que estaba siendo narrada la historia inoculara un contraveneno para poder soportarla y sobrevivir animicamente a ella.

Y recordé a Schopenhauer confesando que no conocía plegaría más hermosa que aquella con que terminaban todas las obras antiguas del teatro hindú: «Puedan permanecer libres de dolores todos los seres vivientes».